

“Lección de poesía”

Un libro de Alberto Angel Montoya

Escribe: FELIX RAFFAN GOMEZ

Con un título que habla de una vocación apostólica por el culto de las cosas íntimas que constituyen los bienes del alma y que los hombres superiores convierten en acción de sacrificio y de intensidad por amor a las ideas, expresión sublime del espíritu, entrega a la juventud y a la posteridad, Alberto Angel Montoya, una exacta copilación de su obra poética. Simplemente la ha llamado: **Lección de poesía**. Y en verdad, este libro maravilloso de la literatura colombiana, que es un aporte sin adjetivos a la cultura del país, es, en sí, no solamente una lección sino un ejemplo vigoroso y soberbio de lo que es el arte de las palabras y de lo que es el artista, cincelador paciente e iluminado de una obra de belleza, rotunda e indeficiente. **Lección de poesía**, no es solo un libro de orfebrería literaria sino algo más hondo, la biografía emocional, sentimental, intelectual y apasionada de un hombre, en la cual se confunden el gozo y la amargura, la paciencia y la desesperación, la tragedia y el destino. La sinfonatina de los títulos va diciendo lentamente y en grado ascendente la historia de los días que pasaron desde la hondura íntima de **Límite** hasta la arrogancia blanca y sensual del **Alba inútil**, con “su **Pasión tardía**, **El soneto del amor**, **El romance del estío**, **La niña de las naranjas**, **Eramos tres los caballeros** y **Los hombres de la aurora**”. En cada uno de estos títulos hay una tragedia vivida, una acción ejecutada, un sentimiento que duele como una herida contusa y tiene esa voluptuosidad de las cosas gozadas y convertidas en el dolor del recuerdo al través de los años.

En seguida viene **En blanco mayor**, con su **Elegía de los pinceles**, en que no se sabe si la emoción de los colores, o la ilusión de lo soñado, o la angustiosa belleza de lo perdido, saca del pretérito las sombras amadas en la policromía de los ocasos, bajo los azules, los ocres o los rojos de incendio. Y en procesión verdecida van pasando, la ausencia, el retorno, los perfumes, el rouge y las estampas familiares.

Después, llegan **Las vigiliass del vino**, con su olor capitoso y sus amores torturantes, con **La sonata de Esther** y el **Recuerdo de un día con Gladys**; o el poema del silencio o el del **Suburdio** o el **Ite, festum est**. En este libro el canto principia a dialogar con la angustia y la poesía se convierte en un total retrato humano con ese ímpetu de las cosas no

fingidas y se siente en él ya el grito de un hombre que ha llegado a la plenitud, en donde no es solo la verdad imaginativa y la elegancia de la dicción impecable de toda su obra anterior la que palpita en ella, sino una llama arrobadora e incendiaria. Con todas las riquezas estéticas que ha sacado del placer y de la angustia definitiva que se avecina, labra la estatua de oro de un secreto confesado y completa la dignidad de quien ha nacido con la estrella de ser arrogante y altivo como los mástiles.

Y por último llega *Límite*, libro cargado de una poesía más honda, más íntima, más llena de energía vital. En este libro, Angel Montoya pasa de lo admirable a lo sublime. Allí la poesía está henchida de jugos en sazón, completa. Ya no es la juventud, ni el solo amor, ni la galantería, ni la alegría de la luz, ni la agradabilidad de la música, ni la fugacidad del baile, ni la leche y la miel, lo que constituye la grandeza de su obra poética. *Límite* no es el fin de fiesta, es la sugerencia del drama que se escapa por las ventanas de la tragedia, como la vida por una arteria rota. Es el pórtico de la poesía por donde Alberto Angel Montoya pasa de la cárcel de su noche a las comarcas de la luz de la fama y de la eternidad. Allí como en la frase de Keller, Alberto Angel Montoya "ha llegado a ser un maestro en soportar y cantar el placer y el dolor". El sabe que "todo lo que no es poesía no es verdad" y que mentir en el canto es suicidarse. Después de sus poemas *Límite* y *Paisaje*, están su *Madrigal* en ronda y su *Breve elegía* a una niña lejana, con la *Búsqueda* de la muerte y su poema definitivo que ha intitulado: "Solo". En donde la voz toma alturas de gloria y resonancias de eternidad. Allí estima que el dolor abre las puertas a la aristocracia del arte y rememora que lo ha realizado todo, que ha llevado una vida de intensos júbilos hasta quedar recluído en su noche, convertido en el ciego que ve lo invisible en ese mundo maravilloso e inefable de la poesía. El ha besado todas las carnes del placer y del gozo con labios febriles hasta quedar vencido más allá de todos los hastíos. Para quien estas líneas escribe es más intenso que Barba Jacob, porque tiene más dolor por dentro y porque el dolor es más universal que la angustia. Poeta par de la elegancia formal de Valencia, tiene la profundidad elemental de Pombo, la fuerza de Khey Yam y la ternura amorosa de Juan Ramón o de Chau Fu Sum. En su vida es una especie de príncipe inglés y de Dostoiewski con injertos de Goethe. El destino le ha dado una cárcel de martirio que él ha aceptado con resignación orgullosa para hacer más brillante su vida al través de la poesía que todo lo ilumina con su rostro de verdad y de sueño.

En ningún momento pierde Alberto Angel Montoya ni la aristocracia verbal ni la fluidez ideológica, la que deja discurrir al través de imágenes cristalinas y frescas. Con palabras profundas relata en su poema *paisaje* su tragedia íntima cuando dice:

*"Cerradas las pupilas al paisaje
vago por mi interior naturaleza,
y hallo un otro paisaje en la tristeza
de no gozar la exactitud del viaje.
Se que hay un cielo azul, y hay un paraje
que cruza un río azul en su simpleza,
y álzase en mí recóndita la alteza
de este risco interior que es mi paisaje".*

Y en los tercetos de este soneto profundo y trascendental por donde emerge la intensidad poética de sí mismo, sintetiza su biografía así:

*“Sombra, silencio, soledad y cumbre:
yo, y nada más. Y el alma en su descenso
llevando hasta el abismo su vislumbre*

*que fue cima y fue amor. Y entonces pienso
que si tan hondo descendió la cumbre,
cuán alto estuvo el corazón suspenso”.*

En un fondo tocado de calor humano y transpasado por dolor intenso que va desde el canto a la soledad hasta la imploración a Dios, elabora una poesía ardiente con densidad intelectual sumergida entre abismos de pasión y alturas de música de contrapunto.

En la invocación a la amiga ciega dice con voz transida:

*“Este es el mundo, amiga, en donde apenas
un rumor de paisaje nos limita.
Y el alba si una alondra la suscita
y el crepúsculo al tacto en tus melenas”.*

Con la sola claridad interior de su genio poético, Alberto Angel Montoya pudiera exclamar con San Juan de la Cruz: “Sin luz y a oscuras viviendo, —todo me voy consumiendo— con un profundo ardimiento de amor vivo”. Poesía exquisita y musical en la forma, y pictórica y abstracta en el fondo, con novedad en la metáfora y plasticismo palpitante en sus imágenes; llena de luz y de color, en donde se ensancha el paisaje con la claridad de su castellanía y la nueva dimensión de su función vital.

Entre los poetas de Colombia, pertenece por derecho propio a la inmortalidad del arte de las letras y de las emociones. La poesía ha encontrado para manifestarse una nueva figura magra y altiva, en Alberto Angel Montoya, un hombre en donde todo fue y es armonía y nobleza, música interior y tragedia convertida en amor y desdén. Un hombre que como en su último poema de *Límite*: se ha quedado solo. Tremendamente solo, con su novia la poesía que le da fortaleza para continuar viviendo y poder exclamar: “Y yo no sé de nadie que como yo en el mundo haya estado tan solo. Hoy me he quedado solo. Humanamente solo”. Para finalizar en esta forma maestra y admirable:

*Aún se abre la ventana sobre el jardín nocturno
lejos hay una urbe donde ríen los otros.
del canto de la alondra cae a mi oído el alba
y hace el lecho más frío la soledad del hombro.
Las albas son apenas prematuros ocasos.
Y hay un ciprés al fondo.*